

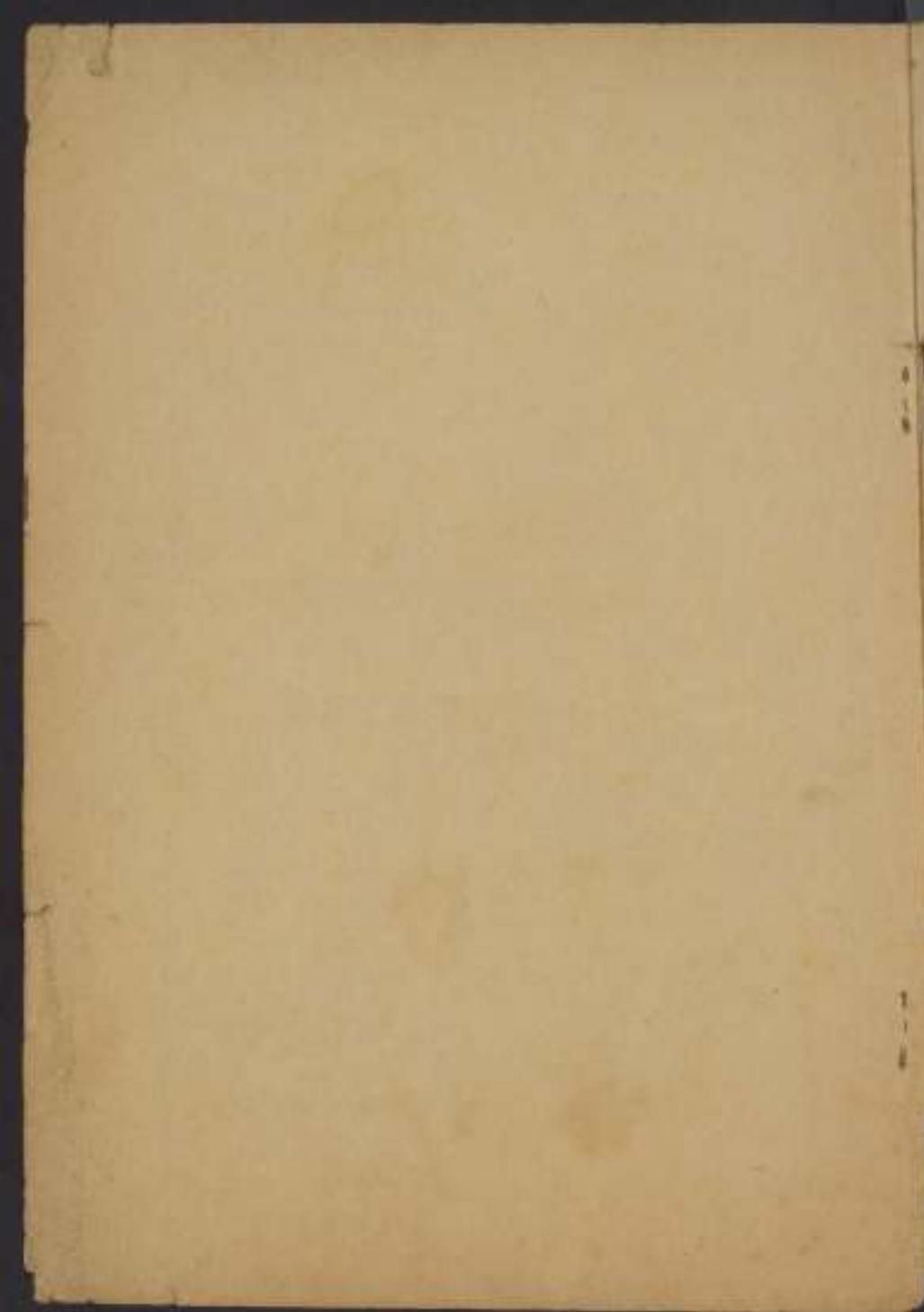
SELECCION FILMS DE AMOR



Oliver
Limbung

ROSAS DEL SUR

Cinet
Theimar



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL

NOVA
COLECCIÓN

Dirección, Administración y Talleres:
Fomento, 224-Apartado 787-Tel. 70857-Barcelona



FUNDACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Sónol, Sra. Española de Librería, Barbadó, 14 y 18-Barcelona

AÑO II

N.º 33

Rosas del sur

Narración literaria de
M. Nieto Galán

PRODUCCIÓN

Transocean Films

DISTRIBUCIÓN

CIFESA

Calle de Valencia, 233

BARCELONA

Con este título compuso Johan Sjöström uno de sus más famosos valses y el cual se hizo más célebre todavía porque este vals sirvió para hacer la felicidad de dos enamorados, a quienes las diferencias sociales estuvieron a punto de desunir. «*Rosas del sur*» es por lo tanto no solamente el vals del genial compositor, sino también una historia amorosa, llena de ese dulce romanticismo de la época ochocentista. « Interpretación de

Paul Horbiger

y

Olga Simburg

PRINCIPALES INTERPRETES

Johan Straues	PAUL HORBIGER
Toni	Hugo Warner
Mizzi	OLGA LIMBURG
Poldi	Oskar Sabl
Rozzi	Rozzi Csikos

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

ROSAS DEL SUR

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

EL PRATER

La Viena romántica y soñadora se adormecía bajo el ritmo cándido de los vals de Strauss, el músico de moda, el que mejor había sabido interpretar el alma sentimental de sus habitantes. La música de Strauss hablaba de amor y de dicha infinita y sus composiciones traspasaban la frontera, llamándole el maestro del vals.

Mucho trabajo le había costado al gran músico darse a conocer, pero ya había conseguido el galardón de toda una vida dedicada al arte y ya viejo, sólo dirigía los conciertos en el Palacio Real, aún cuando seguía componiendo como en sus años mozos. Parecía como si su corazón mantuviese la misma ilusión de sus veinte años, y no había café en el que no se tocara la música de Strauss.

Los forasteros, los turistas, todos los que llegaban a Viena, lo mismo que visitaban los grandes monumentos, procuraban también conocer personalmente a Strauss. Todas las noches, en los cafés públicos, rodeados de magníficos jardines, las orquestas ejecutaban los vals de Strauss, mientras que las parejas de enamorados se entregaban a la voluptuosidad de la danza, de aquella danza a la cual el gran músico había dedicado toda su vida.

Contaba ya a la sazón cincuenta años Johan Strauss,

cuando un grupo de turistas recorría la población, y el guía les dijo al llegar al Prater, o sea un café público, donde se bailaba y se cantaba alegremente:

—Señoras y señores: Han visto ustedes lo más notable de Viena... La Catedral... el Emperador... y ahora van a conocer al rey de Viena.

—Pero, Viena tiene su rey? —preguntó una de las turistas, entusiasmada ante la idea de poder ver a un rey joven.

—Sí — respondió el guía —. Viena tiene su rey... el rey de los valsos... Johan Strauss.

Entró con ellos hasta el interior del café y se acercó al pequeño tablado donde había una orquesta ejecutando uno de aquellos valsos que han quedado como modelo de todos los tiempos.

Al fijarse en el joven que dirigía la orquesta, uno de los turistas murmuró:

—Ese director tan joven no puede ser Strauss.

—No — respondió el guía —; pero la música que toca es del maestro, que ahora está muy ocupado.

Y la ocupación que en aquellos instantes tenía el célebre Strauss, era una partida de ajedrez.

Johan Strauss tenía una gran debilidad por este juego, por el cual a veces olvidó incluso que tenía que dirigir algún concierto, dándose el caso de tener que venir a avisarle para que dejase la partida.

Su adversario en el juego, era siempre otro músico de gran renombre, un tal Brahms, y cuando los dos se ponían ante un tablero de ajedrez, para ellos no existía otra cosa en el mundo que aquellas figuras.

Hasta ellos llegaban las notas de uno de los últimos valsos escritos por Strauss y éste lo taralareaba inconscientemente, hasta que Brahms le llamó la atención, diciéndole:

—¡Jaque a la reina!

Strauss volvió rápidamente al juego, y al ver la difícil situación en que se hallaban sus figuras, exclamó de mal humor:

—Esa maldita música tiene la culpa!

—Es un vals tuyo — le replicó su compañero de partida.

—Sí, ya lo sé — respondió en igual tono, Strauss —, pero mis valsos son para bailar; no para jugar al ajedrez.

Y mientras que ellos seguían cada vez con más afición

la partida, un cliente del Prater se quejaba ante el dueño, diciendo:

— ¡Es una estafa!... No hay derecho a que ese Strauss se pase la vida jugando al ajedrez y no dirija ninguna orquesta.

El dueño del café lo miró con cierto desprecio y respondió muy ufano:

— Strauss, sólo dirige ante el emperador...

— ¿Y quién es el otro ajedrecista? — inquirió.

— El señor Brahms... de Hamburgo.

— ¿Músico?

— Un verdadero genio de la música... Ellos dos son los que mayor gloria han dado a la música vienesa.

Nuevamente Strauss se distrajo con la música y otra vez su contrincante de partida le advirtió su distracción, diciéndole:

— ¡Jaque y mate!

— ¡Lo veía venir! — exclamó Strauss —. El maldito vals tiene la culpa.

Brahms se echó a reír al ver el mal humor de su amigo, cosa que muy rara vez ocurría, y le dijo:

— Es un vals precioso.

— ¡Bah! — exclamó indiferente Strauss —. Es el peor vals que he compuesto en mi vida.

Brahms, a pesar de las palabras de su amigo y como buen conocedor de la música, rechazó aquellas palabras del autor del vals, y le dijo:

— No sabes apreciar tu propia música, es el mejor de tus vales... Pregúntalo a cualquiera.

— Me basta con mi opinión y con que me ha hecho perder — respondió Strauss, al mismo tiempo que llamaba al camarero, y le preguntaba:

— ¿Cuánto se debe?

El camarero le indicó el precio de la consumación, y Strauss, después de pagarle, salió con su amigo, discutiendo los incidentes de la partida que acababa de perder, y diciéndole:

— Mañana tomaré el desquite... Claro está que si hubiese movido el caballo, habría perdido lo mismo.

Ya en la puerta se despidió de Brahms y volvió nuevamente al café, preguntándole al dueño.

— ¿Qué te parece mi último vals?

—¿Rosas del Sur?— preguntó el dueño.

—Sí, ese, el último que he escrito.

—Pues, sinceramente —le dijo el cafetero—, me parece maravilloso.

—¿Por qué?— preguntó Strauss, para saber en qué consistía la maravilla de aquella música que le había hecho perder la partida.

El otro, sin saber qué razón darle, en la que basar el entusiasmo que le producía aquella música, exclamó:

—Pues veré...; yo no entiendo mucho de música, pero mi hija Mizzi, dice que es maravilloso.

—A propósito de Mizzi, ¿qué hace?... Hace tiempo que no la veo.

El dueño del café, sonrió ufánamente pensando en su hija, y le respondió:

—Quiere ser bailarina... Algún día tendrá usted que componer para ella algún nuevo vals para ella.

Strauss, que profesaba a la pequeña un gran afecto, sonrió pensando en la preciosa chiquilla, y le preguntó:

—¿Y crees tú que tiene disposiciones para el baile?

—Claro que sí —respondió su padre—. El maestro de baile está entusiasmado con ella.

Pero, sin embargo, era todo lo contrario a lo que decía su padre. Mizzi, aun cuando tenía mucha afición al baile, no había nacido para bailarina. Le faltaba esa inspiración tan necesaria en todo artista para llegar a la celebridad, y aun cuando se esforzaba, no conseguía adaptarse al baile.

Mizzi, tendría a la sazón unos diez y ocho años, y era una muchacha encantadora. Su belleza de una exquisitez extraordinaria resaltaba mucho más con su carácter ingenuo, con su trato cariñoso y con su bondad ilimitada. Todas sus compañeras de baile sentían por ella un verdadero afecto y el mismo Strauss, muchas veces la había retenido en sus brazos, diciéndole:

—Eres preciosa Mizzi... El día que te enamores, vas a hacer la felicidad del hombre que consiga tu amor.

Pero Mizzi sonreía ante las palabras del músico y le respondía:

—Yo no me enamoraré de nadie... Ya tengo mi amor.

—¿Sí?— le preguntaba sorprendido el maestro compositor.— ¿Quién es ese afortunado?

—El baile — respondía la muchacha — Quiero dedicarle a él toda mi vida.

El viejo músico, conocedor de los verdaderos sentimientos juveniles, que para algo para un viejo tiene una niña un pecho de cristal, sonreía bondadosamente, y le decía:

—Bueno, dejemos correr el tiempo, y ya veremos cuál es el final de ese amor.

Y Mizzi, asegurando que siempre amaría el baile, protestaba de las palabras del músico que seguía sonriendo, con aquella bondad que lo caracterizaba.

UNA ESCAPATORIA NOCTURNA

La tarde siguiente a la del día en que Strauss había perdido su partida de ajedrez, se hallaba en la escuela de baile, Mizzi, y el profesor la regañaba, diciéndole:

— ¡He dicho, quinta posición, señorita Mizzi!

Mizzi al oírse reprender, exclamó desesperada:

— No puedo llegar a aprenderlo, maestro.

— Pues hay que hacer un esfuerzo — le volvió a decir el profesor —; pero, en fin, hasta por hoy...

Mizzi se fue en busca de su amiga Rozzi, otra alumna de baile, a quién siempre elogiaba el maestro, por la facilidad que tenía para aprender los bailes, y ésta al ver el aire de tristeza de su amiga, le dijo:

— ¿Por qué esa cara?... ¿Por lo que te ha dicho el maestro?

— Claro que sí — respondió Mizzi.

— No te preocupes — le dijo riendo Rozzi —. Mira cómo yo no tomo en serio nada de lo que dice.

— Es que tú bailas muy bien — le dijo Mizzi —. Yo, sin embargo, no puedo hacerlo... Creo que no he nacido para bailarina.

Rozzi, miró con un gesto de supremacía a su amiga, y le respondió:

— Es que para ser artista hay que estar enamorada.

— ¿Y tú estás enamorada? — preguntó sorprendida Mizzi.

— Hasta el último rinconcito de mi corazón — le confe-

só Rozzi — Vamos a vestirnos y mientras vamos al restaurant te lo contare.

Al cabo de media hora las dos muchachas estaban listas para salir a la calle. Mientras se dirigían hacia el restaurant, Rozzi, que era el mismo diablillo personificado, le dijo:

—Cuando conozcas a mi novio, quedarás encantada de él, pero te prohíbo que te enamores.

Mizzi sonrió bondadosamente ante las palabras de su amiga y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Poldi.

—¿Y dices que es guapo?

Guapísimo — exclamó Rozzi —. ¡Ya ves para enamorarme yo de él!... Además es un gran artista... Toca el acordeón en el principal Prater de Viena.

—¿Y le quieres mucho? — siguió preguntándole con gran curiosidad Mizzi.

—Ya lo creo... Es todo un caballero. No pasa día sin que me compre flores... Mirale ahí viene.

En efecto, en aquel momento aparecía un muchacho casi de la misma edad que Rozzi. Tenía el aspecto de ser extraordinariamente simpático y su optimismo continuo podía adivinarse en aquella sonrisa que nunca se desprendía de sus labios. Para él la vida no tenía más que una sola preocupación y era ésta el amor que sentía por Rozzi. Habían congeniado sus caracteres, pronto siempre a reír y a divertirse y esto dió lugar a que el amor los uniese con un lazo más fuerte todavía que el que inspira solamente la admiración de la belleza física.

El joven se acercó a su novia y ésta hizo la presentación, diciendo:

—Mi amigo Poldi... Mi amiga Mizzi, hija de un gran cafetero.

—Encantado — respondió el muchacho estrechando la mano de la joven.

—Le he dicho — siguió diciéndole su novia — que eres un gran artista, un artista que llegará a muy alto lugar.

—No la crea — respondió con cierta modestia el muchacho —. Pero, puede usted cerciorarse viniendo esta noche a verme.

—Yo no puedo ir sola de noche — respondió Mizzi.

—Pues venga usted con Rozzi.

—Con una condición — intervino ésta — y es que traigas un amigo.

—Tengo uno que ni hecho a la medida — respondió Poldi —. Prométame usted que irá y yo le prometo llevar a mi amigo.

—Prometido — respondió Mizzi, después de vacilar un poco.

—Hasta la noche — se despidió Mizzi, decidida a cumplir su palabra, y aprovechar las horas que su padre estaba en el establecimiento.

Aquella misma tarde, Poldi, para cumplir su promesa se fué en busca de un amigo suyo. Era el hijo del abastecedor de vino de toda la aristocracia y que había hecho una verdadera fortuna con aquel negocio. Su bodega era elogiada por todos los que la conocían y no había fiesta aristocrática, ni recepción de la alta sociedad en la que no figurara el vino de sus marcas.

Aquella fortuna, ganada tan rápidamente, había hecho del vulgar cosechero un hombre que soñaba con la grandeza y con los títulos. Hubiera dado la mitad de su fortuna por poder poner en sus tarjetas de visitas, además de proveedor de S. M. Imperial, algún nuevo título que lo hiciese igual al de sus aristócratas clientes. Pero ya que él no había podido serlo, tenía la esperanza de que una boda de su único hijo Toni lo pusiera en posesión del aquel título que tanto ansiaba.

Pero las ideas de Toni eran completamente diferentes a las de su padre. Él no sentía aquellos humos de grandezas, y ni siquiera había pensado nunca en enamorarse. Todos los cálculos que su padre hacía acerca de una posible boda, los oía como aquel que oye hablar de un país lejano, al cual no piensa nunca ir.

Amaba, además el arte como buen vienés y prefería a todos los comentarios que su padre hacía sobre la aristocracia y sobre sus negocios, oír un buen concierto de música o de canto. Tenía cierta disposición para este último arte y en varias ocasiones había actuado ante sus amigos con grandes aplausos por parte de éstos.

Con estas ideas democráticas no era extraño que fuese amigo de Poldi y que éste le fuera a verle para proponerle que le acompañase aquella noche, diciéndole:

—Esta noche tienes que venir conmigo al Prater. Rozzi estará allí y te la presentaré.

—Y vosotros os pondréis a hablar y yo aguantaré la capa, ¿verdad?— respondió rehusando la invitación.

—No seas tanto —le dijo su amigo—. Vendrá una amiga suya que te dejará en suspenso... Es una muchacha preciosa, como no la has visto nunca.

Aquel elogio de la amiga, hizo cambiar el parecer de Toni que al fin aceptó, y su amigo siguió diciéndole:

—A las ocho vendré a buscarte, pero no digas que eres el hijo del rico Moedlinger. Te presentaré como un cantante de nuestra orquesta.

—Conformes —terminó diciéndole Toni, y acordándose de las ideas de su padre, exclamó burlonamente:

—¡Si mi padre supiera que va a tener un hijo cantante...!

Pero su padre en aquellos momentos estaba muy ocupado, dando a probar a uno de sus clientes, que era el cónsul Fussli, los vinos más exquisitos de su cosecha.

Hablaban de todo y Moedlinger le refirió sus principios, sus familiares y la fortuna que había hecho, así como sus propósitos para el porvenir acerca de su hijo, y terminó diciéndole:

—Mi hijo tiene afición a la música... pero ya se le pasará.

El cónsul que probó un nuevo vino, no pudo menos que hacer el elogio de él, diciéndole a Moedlinger:

—Excelente vino... Lo serviré en todos mis hoteles de Suiza!

Moedlinger, señaló una bota que había frente a ellos y le respondió:

—Ese es mejor todavía... Tiene veinte años.

—La edad de mi hija —exclamó, riendo, el cónsul— ¿Qué edad tiene su hijo?

—Cinco años más —expresó el cosechero,

—¿Cinco años más que mi hija?... Pues los dos están en edad de casarse, ¿no le parece?

—Eso mismo pensaba yo en este momento —repuso el cosechero.

El cónsul que sabía la fortuna de que disponía aquel hombre, vislumbró una gran boda para su hija, y se despidió de él, diciéndole:

—Un día de éstos, pasará por su casa, para hacerle una visita, y para que conozca a mi hija.

Se despidieron los dos, acompañando Moedlinger a su cliente hasta la puerta, y cuando quedó solo, se entregó a sus pensamientos, viendo casado ya a su hijo con la hija del con-sul Fussli.

Aquella noche, Rozzi fué en busca de su amiga y la sacó de su casa, aun cuando Mizzi opuso alguna resistencia, diciéndole:

—Si mi padre se entera de que salgo de noche de casa, me mata.

—No lo sabrá — le dijo Rozzi animándola —. Cuando él vuelva, ya estarás tú durmiendo.

Y convencida por este razonamiento se dejó llevar por su amiga al café donde tocaba Poldi. Este ya había arreglado todo, de forma que su amigo sustituyera al cantante oficial, y cuando Toni apareció en el tablado, Rozzi llamó la atención de su amiga, diciéndole:

—Mira; allí está Poldi, tocando como un desesperado.

Las dos muchachas se sentaron en una mesa, para esperar el momento en que Poldi pudiera acercarse a ellas, y mientras tanto Rozzi fué dándole detalle de todo cuanto allí había, y le dijo finalmente:

—Ahí está el cantante sustituto para esta noche.

—¿Y el amigo de tu novio? — preguntó Mizzi, con esa curiosidad propia de toda joven que sabe que por causa de ella ha acudido un muchacho a una cita.

—No sé — respondió Rozzi —. Yo tampoco le conozco.

—Pues, ¿sabes que te digo? — le dijo Mizzi —, que no me disgustaría que fuese el cantante el amigo de Poldi.

Y mientras Mizzi hacía este comentario, Toni le preguntaba a su amigo:

—¿Dónde están?

—Míralas allí; en la tercera mesa de la segunda fila.

—¿Cuál de las dos es tu novia? — preguntó Toni, sin poder apartar la vista de Mizzi.

—La de la izquierda — le respondió Poldi.

Toni sintió una viva alegría al ver que la que más le gustaba no era, precisamente, la novia de su amigo, y en cuanto acabó de cantar se cogió de él de brazo y le dijo:

—Vamos para allá... Estarán impacientes esperándonos.

—Se acercaron a la mesa donde estaban las dos jóvenes y después de las presentaciones del caso, Mizzi le dijo:

—Ha cantado usted admirablemente.

—Toni, recreándose en aquellos ojos bellos y soñadores como una noche de primavera, le respondió vivamente emocionado:

—Fué porque me inspiró usted con el brillo de sus ojos.

Mizzi no supo qué contestar. Sintió que la sangre se se agolpaba al rostro, y bajó la vista al suelo, sofocada. Menos mal que vino en su ayuda la oportuna legada de un camarero que le preguntó:

—¿Quieren sentarse los señores?

—No, gracias — respondió Poldi —. Preferimos bailar.

Poldi y Rozzi se fueron a bailar, y Toni ocupó la misma silla que había usado Rozzi, preguntándole a la joven.

—¿Viene usted mucho por aquí?

—Nunca — respondió Mizzi —. Sólo salgo con mi padre cuando está libre.

—¿Ha ido usted alguna vez a la gran rueda?

—No — respondió la joven —. La he visto siempre desde lejos, pero nunca he subido a ella.

—¿Quiere usted que nos vayamos ahora mismo y subamos en ella? — le propuso Toni.

Mizzi le miró extrañada, y no pudo menos que preguntarle:

—Pero, ¿no tiene usted que cantar?... ¿Cómo va a abandonar su puesto?

—Eso es lo de menos — respondió Toni —. Verá que pronto encuentro un sustituto... ¿Si lo encuentro, accede usted a venir?

—Si Rozzi nos acompaña, por mí no hay inconveniente.

—Pues vuelvo en seguida... Ya puede decirse a nuestros amigos.

Corrió en busca del cantante oficial que estaba en aquellos momentos cenando opíparamente, y le dijo:

—Puedes volver a cantar, Peppi.

Este que comprendió que algún lío se traía su amigo, quiso sacar provecho del momento y le respondió:

—No puedo, estoy ronco.

—Te doy diez florines si cantas.

El cantante lo miró burlonamente, pero volvió a negarse, diciéndole:

—Ya te he dicho que estoy ronco, aunque me parece que voy recobrando la voz.

—Quince florines, si tantas— volvió a decir Toni, deseando acabar cuanto antes.

El cantante dejó de comer, y le respondió:

—20 florines, y cantaré como una alondra.

Toni le entregó la cantidad que le había pedido, y se fué en busca de Mizzi, diciéndole:

—Todo está arreglado... Vámonos a la gran rueda.

—Esperemos a Rozzi.

—No se preocupe de ellos. Los amantes gustan de estar solos... ¿No se fía de mí?

Mizzi se fiaba en absoluto de él. No le había conocido hasta aquella noche, pero había algo en su interior que le decía que aquel muchacho era un caballero y sin hacer la menor resistencia se cogió de su brazo y se fueron hacia el parque de atracciones donde estaba la gran rueda, ese enorme carrusel que no deja de ver nadie que visite Viena.

Al terminar Rozzi de bailar y volver con su novio a la mesa donde habían dejado la otra pareja, quedó sorprendida de no ver a Mizzi, y exclamó:

—¿Dónde está Mizzi?

—No te preocupes— le respondió su novio—. Toti cuida de ella y nada le ocurrirá.

—¿Vamos a buscarlos?— le preguntó Rozzi.

Su novio se negó, diciéndole, al mismo tiempo que sonreía intencionadamente:

—Mejor será que nos quedemos aquí.

Rozzi no insistió mucho. Tenía confianza en su novio, y cuando éste la decía que estuviera tranquila respecto a la muchacha, pensaba que no tenía por qué temer.

Mizzi cuando llegó a la gran rueda y subió a ella, le expresó su admiración a Toni, diciéndole:

—No creía que fuera tan hermosa.

Los dos muchachos se acomodaron en uno de los asientos y cada uno se sintió íntimamente feliz al lado del otro. A medida que subía la gran rueda, les parecía que se elevaban

de los demás y se dejaban acariciar por aquella dulce ilusión que los embargaba. Éran aquellos los primeros chispazos del amor y se dejaban encender mutuamente, sin oponer la menor resistencia.

Mizzi, con la ingenuidad que le era característica iba señalándole a su novio, todos los lugares que le eran conocidos, a medida que se iba elevando, y de pronto, señaló hacia unas luces que había a lo lejos, y le dijo:

—Aquellas lucecitas son del café donde trabaja mi padre... ¡Si se le ocurriera mirar hacia arriba!...

—Pues nos volveríamos de espaldas, y en paz — le dijo, riendo, Toni.

Siguieron hablando, ella dejándose mecer por las frases de galante de Toni, y él cada vez más entusiasmado por la belleza y la dulzura de su compañera.

Ninguno de los dos se daban cuenta del tiempo que pasaba, hasta que el encargado de la gran rueda, se acercó a ellos y les dijo:

—Perdonen los señores, estamos otra vez a ras de tierra.

—¿De veras? — preguntó Toni —. Es extraño, yo creía que todavía estaba en el cielo.

Mizzi comprendió el motivo de aquella respuesta, y sus ojos despidieron un fuego expresivo de la gratitud con que quería expresar a Toni su agradecimiento, al mismo tiempo que su manita tembló al apoyar-se sobre el brazo de Toni.

Volvieron otra vez en busca de la otra pareja, y Rozzi al verlos llegar, corrió hacia ellos, diciéndole a Mizzi:

—Llegáis a tiempo para el último ómnibus.

Cuando apareció éste, subieron a prisa, hasta que llegaron cerca de la casa de Mizzi, y ésta descendió del autobús, al mismo tiempo que Toni, quien le dijo:

—¿La acompaño a casa?

—No, por Dios — respondió ella —. Puede vernos mi padre, y no quiero que sepa nada.

—Entonces, hasta mañana, ¿verdad?

—No sé — respondió ella —. Ya nos veremos.

Toni subió rápidamente al ómnibus que iba a arrancar en aquel momento, y cuando llegó la hora de separarse de sus amigos, Poldi, le dijo:

—Mañana ven a tomar el café a mi casa... Merendaremos y charlaremos un rato.

—No puedo — respondió Toni —. Mañana tengo que estar en casa.

—Pues usted se lo pierde — respondió Rozzi.

—Por qué? — preguntó Toni.

—Pues porque mañana pensaba traer a Mizzi; si usted no viene, creerá ella que le ha sido desagradable.

—Eso ya es otra cosa — respondió Toni —. Puedes estar seguro de que mañana iré a tomar café contigo.



- Por enfermedad de Deppi
cantará el gran Toni.



Para Strauss su diversión
favorita era el ajedrez.



Rozzi estudiaba
para ballarina.



« Mejor está que nos
quedemos aquí... »





-¿Cuándo volveremos a vernos?



-Lo de la novia es una patraña del viejo.



El mismo Strauss
dirigía la orquesta.



- ¿No queréis ir a bailar?



UNA VISITA IMPORTUNA

Al día siguiente, cuando Mizzi fué a darle los buenos días a su padre, éste le dió cuenta del vals que había estrenado la noche anterior Joahn Strauss, y le dijo:

—Por cierto que el von Strauss me preguntó ayer por tí.

—¿Quién, el señor Strauss?— preguntó con verdadera alegría la muchacha.

—Sí — siguió diciéndole su padre —. Charlamos un rato y hasta me preguntó mi opinión por su música. Y jactándose vanidosamente, siguió dándole la explicación del siguiente modo: Sabe que soy un hombre de buen gusto musical, y por eso inquirió mi opinión.

—¿Trabajas esta noche? — preguntó Mizzi.

—Naturalmente, pero mañana domingo, estoy libre... Nos iremos al campo.

Y al mismo tiempo que se arreglaba, fué dándole instrucciones de la merienda que debía preparar para el día siguiente.

En casa del cosechero se preparaba también un acontecimiento. Moedlinger iba a celebrar su jubileo y se lo comunicaba al conde de Stefani, diciéndole:

—He de darle una grata noticia al señor Conde... ¿Quiere tomar asiento?

—Espera un momento — respondió el conde —. Prefiero coquetear con tus tonces... A mis años, es el único coqueteo posible.

Fué a echarse vino de una bota, y Moedlinger se lo impidió, diciéndole:

—Ese es el vino de este año... No está "hecho" todavía.

Entonces el conde reparó en una bota que estaba adornada con una corona de laureles, y le preguntó:

—¿Por qué tiene puesta una corona ese tonel?

—Por que es el vino de mi jubileo. Veinte y cinco años hará la próxima semana que llevo establecido.

—Es cierto — exclamó el conde, acordándose de la invitación del cosechero —. Ya recibí la invitación... Tengo la seguridad de que a tu casa acudirá ese día lo mejor de Viena... Yo no faltaré.

El cosechero sonrió vanidosamente, ante la promesa del aristócrata, y volvió a decirle:

—Ofrezco un vino a mis invitados, como nunca lo habrá probado.

El conde le puso la mano sobre el hombro, amistosamente, y con marcada intención, le dijo:

—Quizá pueda yo darle también una sorpresa el día de la fiesta. ¿Se acuerda de lo que me pidió? Pues me parece que ya está conseguido.

El cosechero sintió que una alegría extraordinaria recorría todo su cuerpo, buscó en su mente las palabras de mayor elocuencia para demostrarle su gratitud, pero sólo supo decirle:

—Señor conde, tenga la seguridad de que jamás olvidaré este gran favor.

Y haciéndole mil reverencias le acompañó hasta la puerta para despedirlo con todos los honores.

Al día siguiente, cuando el cosechero acabó de comer, se retiró con su mujer a tomar el café, y le dijo confidencialmente,

—Habrá que encargarse pronto nuevas tarjetas de visitas.

Su mujer lo miró sorprendida, sin poder comprender el sentido de aquellas palabras y su marido siguió diciéndole:

—El conde quiere nombrarme Consejero Comercial. El nombramiento está en sus manos.

A pesar de aquella noticia, su esposa no expresó ninguna gran alegría. Era una mujer sencilla que no soñaba con todas aquellas grandezas de aristocracia de su marido, y por lo mismo, le respondió sencillamente:

—Me alegro por la satisfacción que eso te produce.

En esto, entró Toni para despedirse de sus padres, y el cosechero extrañado por la salida de su hijo, le preguntó:

—¿Dónde vas?

El muchacho encontró una respuesta favorable, diciéndole:

—A la Universidad.

—¿En sábado? — volvió a preguntar extrañado su padre. Toni se vió cogido, pero aún tuvo salida, diciéndole:

—Es que la lección de ayer era muy importante y el profesor la quiere continuar hoy. No puedo faltar a ella... A las seis estaré de vuelta.

—No te olvides — le advirtió su padre — que esta tarde nos visitará el cónsul Fussli y su hija.

—Lo tendré presente, papá — respondió el muchacho, besando a su madre y sabiendo apresuradamente de la casa.

El cosechero al quedar nuevamente solo con su mujer, le indicó el motivo principal de la visita del cónsul, diciéndole:

—El cónsul tiene grandes hoteles en Suiza.

—Y por qué viene con su hija? — preguntó su mujer.

—Pues porque quiere casarla con nuestro Toni — le dijo el padre de éste.

Su esposa lo miró seriamente, y le respondió:

—Mira, yo no me meto en tus sueños de aristocracias, ni en tu manía de pertenecer al gran mundo, pero Toni se casará con la muchacha que él quiera... La felicidad de los hijos no es para hacer negocios.

—Y si la muchacha le gustara? — preguntó el cosechero.

—En ese caso no me opondré a la boda. Lo único que no quiero es que fuerces la voluntad de Toni, para una cosa tan seria como es el matrimonio.

La discusión quedó cortada por el anuncio de la llegada del cónsul y su hija, quienes inmediatamente fueron introducidos a donde estaban los dos esposos. La hija del cónsul Fussli era una muchacha simpática, no mal parecida, pero que carecía de esa dulzura sentimental tan propia de la mujer vienesa. Tenía una educación esmeradísima, pero carecía de ese encanto propio en una mujer que pudiese inspirar amor en un corazón tan romántico como el de Toni.

La conversación se generalizó, hablando el cónsul y su hija de los diversos países que habían recorrido, hasta que finalmente el padre de la joven advirtiendo la ausencia del hijo del cosechero, preguntó:

—¿Y su hijo?

—Ha tenido que ir a la Universidad — respondió el cosechero —. No creo que tarde ya mucho en llegar.

El cónsul para hacer ver a sus futuros consuegros todas

las habilidades de su hija, se acercó a ella y le rogó cariñosamente:

—Toca algo al piano, hijita.

—Me falta repertorio, papaito — respondió la muchacha.

Pero ante un nuevo ruego del cosechero, la muchacha se puso a tocar hábilmente, al mismo tiempo que el cosechero pensaba que su hijo tardaba ya más de lo convenido.

Lo que menos podía imaginarse el rico cosechero era que Toni, en aquel instante, se hallaba en casa de su amigo Poldi, bebiendo alegremente, en unión de Mizzi y Rozzi. Poldi sostenía una acalorada disputa con su novia y le decía, contemplando la Gran Rueda.

—La Gran Rueda da vueltas y mi cabeza también...

—Eso es efecto del vino — le respondió Rozzi.

—Es efecto del amor — respondió Poldi —. Y piensa que no hay amor sin besos...

Toni al ver el aspecto que tomaba la disputa de los dos amigos, cogió a Mizzi por la mano, y la llevó junto a la galería, diciéndole a su amigo:

—Nos retiramos a la galería, mientras ventiláis esa discusión.

Mizzi le acompañó hasta la galería y al llegar a ella respiró fuertemente, exclamando:

—¡Tengo calor!

—Debe ser que hemos bebido más de la cuenta — le dijo Toni sonriendo y obligándola a sentirse junto a él. Los dos se miraron amorosamente y Mizzi le preguntó ingenuamente.

—¿Por qué cantas en un café?... Con tu voz podrías dedicarte al teatro.

Toni no supo qué responderle. No quería decirle que su padre no le dejaría ser nunca artista, y le respondió excusándose:

—Es muy difícil eso. Me faltan buenos protectores.

—Yo tengo un amigo muy influyente en los teatros — le dijo Mizzi, pensando en Strauss —. Hoy mismo hablaré con él... Iré ahora mismo a verle. Sé donde encontrarle.

Se levantó para marcharse y Toni la cogió por la mano, preguntándole:

—¿Nos vemos mañana?

—Mañana no puede ser — respondió la muchacha —. Los domingos me voy con mi padre al campo... El lunes nos veremos.

—¡Cuántas horas voy a estar sin verte! — suspiró con tristeza Toni.

Mizzi se acercó a él, y dulcemente le ofreció su boquita de rosa y después de besarlo le dijo sonriendo con encantadora infantilidad:

—Para que te consueles de mi ausencia.

Echó a correr en dirección a su casa, y Toni se despidió de sus amigos para ir también a la suya donde su padre lo esperaba ya con impaciencia.

Cuando llegó, el cosechero lo presentó a sus visitantes y la madre del muchacho le ofreció una taza de café, a lo que respondió inconscientemente el joven:

—Gracias, mamá, ya lo he tomado.

—¿En la Universidad? — le preguntó extrañado su padre.

Toni se dio cuenta de la falta que había cometido, y pretendió enmendarla, diciéndole:

—Es que era el cumpleaños del profesor y nos ha invitado...

La hija del cónsul Fussli adivinó que en todo aquello no había nada de verdad, y con una gran ironía, exclamó:

—Con un profesor así, dará gusto estudiar.

—Evidentemente, señorita — respondió Toni —, es uno de los profesores más cariñosos que he tenido.

Los dos jóvenes se miraron como queriendo estudiarse mutuamente y la conversación recayó acerca de la excursión que pensaban realizar al día siguiente:

UNA SORPRESA DOLOROSA

Aquel día Brahms no había acudido a celebrar su partida de ajedrez con Strauss y el gran músico jugaba solo, moviendo las fichas de su contrario a su antojo y ganando la partida fácilmente.

En esta ocupación se hallaba cuando llegó Mizzi, y sentándose junto a él, le dijo mimosamente:

—Buenas tardes, señor Strauss.

—Hola pequeña — respondió el músico —. Estaba a punto de ganarle la partida a Brahms, cuando has llegado.

—Siento haberlo interrumpido — le contestó la joven —, pero tengo que pedirle un favor.

Strauss la miró fijamente, luego se echó a reír con aquella franqueza tan propia de él, y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu novio?

—Toni — respondió ella, sonriendo al ver que la había comprendido.

—¿Qué es? — preguntó otra vez el músico.

—Muy simpático — respondió inmediatamente la muchacha.

—No he querido decir eso — exclamó Strauss —; sino que, ¿qué es lo que sabe hacer?

—Tiene muy buena voz y tiene usted que ayudarnos.

—Comprendido también — respondió el genial compositor —. No sabe hacer nada, pero tiene buena voz... Bueno, pues os ayudaré... Para eso somos los viejos amigos.

Mizzi lo abrazó sin poder contener su alegría, y le dijo, al mismo tiempo que le besaba:

—Es usted el mejor hombre del mundo.

Strauss se echó a reír, y acariciando paternalmente a Mizzi, le dijo:

—Mira, esos requisitos guárdalos para Toni. Yo te prometo interesarme por vosotros y con que seáis felices me contento. Ya veremos lo que hago por él.

Y una vez en posesión de aquella promesa, Mizzi corrió

a su casa: llevando aquel día en su alma la felicidad más grande que podía albergar un corazón enamorado como lo estaba el suyo.

Al día siguiente, siguiendo la costumbre de siempre, Mizzi y su padre habían ido a comer al campo, y mientras que lo hacían, el padre de la joven le preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa que estás tan contenta?

Mizzi, que jamás tuvo secretos para su padre, bajó la vista algo avergonzada y le dijo la verdad, explicándole:

—Papa, tengo que hacerte una confesión... He conocido a un muchacho encantador.

—Todos lo son a primera vista — le respondió su padre —. Lo importante es que luego no sea todo lo contrario... ¡Hay tanta mala gente por el mundo!

Mizzi protestó en seguida del pensamiento de su padre, y le respondió:

—Toni no es de esos, papaito, es un muchacho excelente.

—Tendré que verle de cerca para convencerme — le dijo su padre —. Cuando yo me haya convencido volveremos a hablar del asunto.

Mas en aquel momento Mizzi quedó con la mirada fija en la carretera. Por el centro de ella avanzaba un lujoso carruaje en cuyo interior iba Toni y la hija del cónsul y los padres de los dos jóvenes. Mizzi llamó la atención de su padre, y señalando hacia el coche le preguntó:

—¿Quién es ese señor, padre?

—Un viejo cliente mío — respondió —. Es un gran comerciante, muy rico.

—¿Y el joven que iba con él? — preguntó otra vez la muchacha, sintiendo una angustia infinita.

—Su hijo — le dijo su padre.

—¿Su hijo? — exclamó Mizzi sin poder contener las lágrimas al verse engañada —. Pero, si ese es mi Toni. No miraba hacia acá, pero lo he reconocido en seguida... Me ha engañado, diciéndome que era un cantante...

Su padre la acarició mimosamente y procuró tranquilizarla, diciéndole:

—No vale la pena que lores, por un buscador de aven-

turas. Tengo la seguridad de que la joven que iba con él será su novia.

—¡No! — exclamó ella —. No puedo creer que Toni sea tan malo... Él no puede haberme engañado de tal forma.

—Sea lo que sea—le dijo su padre para tranquilizarla—, yo me encargo de arreglar este asunto y de averiguar lo que haya de verdad. Déjalo de mi cuenta.

Y en efecto aquella misma tarde fué a casa del cosechero, quien al verlo le preguntó sorprendido:

—¿Usted aquí? ¿Acaso me olvidé de pagar el café?

—No — respondió secamente el padre de Mizzi —. Las cuentas que tenemos que arreglar son de otro género, señor Moedlinger... Se trata de algo que mi conciencia no puede soportar... Se trata de mi hija y su hijo... Se han conocido, se aman y vengo a saber qué piensa usted de esos amores.

La indignación de Moedlinger no tuvo límite al saber que su hijo amaba a la hija de un cafetero, y exclamó:

—¿Mi hijo casars con la hija de un cafetero? ¡Imposible! ¡Sepa usted que mi hijo tiene ya novia.

—¿Que tiene novia y le trastorna los sesos a mi hija? — exclamó irónicamente el cafetero —. Sin duda a su hijo se le ha subido a la cabeza el vino de su padre, pero yo sabré cómo arreglar este asunto.

—Este asunto está ya arreglado y terminado con lo que hemos hablado — exclamó el cosechero —. Máchese inmediatamente.

El padre de Mizzi salió de casa del rico comerciante, decidido a poner fin a aquellos amores de su hija, y poco después de haber salido de él, entró Toni a ver a su padre. Antes había intentado convencer a su madre para que le dijese a su padre toda la verdad de sus amores con Mizzi, pero su madre le respondió cariñosamente:

—Yo no me atrevo a decirle nada... Esto es cosa tuya. Háblale tú, y luego yo te ayudaré.

Por esto Toni, convencido de que su madre estaba de su parte, buscó a su padre para confesarle sus relaciones con Mizzi y lo encontró precisamente en el momento en que acababa de despedir al padre de la muchacha.

Moedlinger al ver a su hijo se encaró con él, diciéndole:

—Llegas a buena hora, Toni.

Brevemente le refirió la entrevista que acaba de tener, y terminó diciéndole:

—Sé razonable, Toni, y olvídate de esa muchacha.

—Imposible, papá — respondió el muchacho —. La amo con toda mi alma y quiero casarme con ella... Es con la única que puedo ser feliz.

—¡Pues yo te digo que te casarás con la que yo te diga! — exclamó su padre —. Si no dejas a la muchacha, todo ha terminado entre nosotros.

Toni tuvo un gesto de energía. Por nada del mundo estaba dispuesto a perder el amor de Mizzi, y le preguntó a su padre:

—¿Es tu última palabra?

—Mi última palabra. Tienes que obedecerme; de lo contrario, puedes ganarte la vida como cantante... o como ayudante de tu suegro...

Y sin detenerse a oír la contestación de su hijo, salió de la estancia, dando un portazo, como síntoma del mal humor que tenía en aquellos momentos.

Mizzi, que había esperado ansiosamente la vuelta de su padre, cuando éste regresó, le preguntó:

—¿Has hablado con él, papá?

El pobre hombre, acarició a su pequeña, y le dijo:

—Sí... pero debes hacerte a la idea de que no es para ti, Mizzi. El señorito tiene ya novia con quien casarse... Su mismo padre me lo ha dicho... Además esos señores no quieren saber nada con la familia de un cafetero.

Era mucho el amor que Mizzi sentía por su novio, mas por encima de todo aquel amor estaba el sentimiento que le producía la ofensa que le habían hecho a su padre, y le contestó altivamente:

—Entonces, yo tampoco quiero saber nada de ellos. Estamos en paz.

Pero, a pesar de su firme decisión, no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas, y su padre la acarició dulcemente, pensando en el dolor que causaba a su pequeña aquella desilusión sufrida.

Se acercaba el día señalado para la fiesta y Moedlinger hacía todos los preparativos para que aquella resultase digna de la concurrencia que debía asistir a ella. Continuamente informaba a su mujer de cuanto preparaba, y finalmente le dijo, sin poder contener su regocijo:

—Han aceptado los 54 invitados... Radetzki, Lichtenstein, Listerazy... todos... Será una fiesta digna de la corte imperial.

—¿Y qué piensas ofrecer a tus invitados? — le preguntó su esposa.

—Baile, música, buena merienda... y mejor vino — respondió el cosechero.

—No basta — le dijo su mujer —. Hace falta un poco de arte.

—¿Y cómo quieres improvisar un número artístico, en tan pocas horas que faltan? Piensa que la fiesta es mañana mismo.

—¿Por qué no hablas con Toni? El puede ser que lo prepare, además eso lo distraerá.

Moedlinger no encontró desacertada la idea de su esposa, y para ponerla en práctica, habló con su hijo, a quien le dijo:

—Tienes que organizar un número artístico para nuestra fiesta... Un prestigiatador... o algo parecido.

Toni que no había conseguido poder entrevistarse con su novia, encontró la ocasión de poderla ver nuevamente, y le dijo a su padre:

—Lo mejor sería un cuerpo de baile... con bailarinas bonitas... Eso siempre gusta.

—No es mala idea — aceptó su padre —. Encárgate tú de ello.

Toni, desde aquel momento se dedicó a buscar el cuerpo de baile, para lo cual fué a la misma escuela donde estudiaba Mizzi, con el fin de que fuera ella una de las bailarinas, y de aquella forma poder hablar con ella.

Pero Mizzi estaba decidida a no volverle a ver más y se lo comunicó a su amiga, a quien informó de todo cuanto había pasado.

Rozzi, sin embargo, no creyó una palabra de cuanto Moedlinger había dicho al padre de su amiga, y le respondió a ésta:

—Todo eso de la novia es una patraña del viejo, que sólo piensa en su fiesta.

—Sí, ya sé que ha invitado a lo mejor de Viena, para darle a probar el vino de su última cosecha — le dijo Mizzi.

—Pues ya veremos lo que pasa en esa fiesta — respondió Rozzi.

Y aquel mismo día, vestida elegantemente se hizo anunciar en la bodega del cosechero, como la condesa de Barinkrai.

Moedlinger, jamás había oído aquel título, pero le bastó saber que se trataba de una condesa para acudir inmediatamente y ponerse a sus órdenes, diciéndole:

—¿En qué puedo servirla?

—La condesa de Estherazy—empezó diciéndole Rozzi—, me ha hablado mucho de usted. Soy propietaria de grandes bodegas en Hungría, y quiero hacerle un pedido de unos millores de botellas.

Vió en aquel momento varias cestas que se hallaban preparadas, y le preguntó:

—¿Para qué son estas cestas?

—Es una sorpresa para mis invitados a mi fiesta—le respondió Moedlinger—. En ellas enviaré mañana a cada uno de ellos una botella de vino, de mi nueva cosecha.

—Es una atención muy delicada—le respondió Rozzi—. ¿Y es de este tonel la prueba?

—Del mismo... ¿Quiere usted probarlo?

—Con mucho gusto—respondió Rozzi.

Y mientras que Moedlinger iba por un vaso para llenarlo de vino, la muchacha vació dentro del tonel el contenido de una botellita de espíritu de vinagre, sin que el cosechero notase nada. Cuando le sirvió el vaso, Rozzi se dió cuenta de que había cargado demasiado la mano, pero no obstante hizo un esfuerzo y se bebió el vino, sin delatarse.

—Nunca bebí un vino como éste—le dijo al final—. Hablaré con mi marido y probablemente compraremos unas 3,000 botellas.

Moedlinger la acompañó hasta la misma puerta y cuando hubo salido, entró de nuevo a la bodega, llamó al encargado y le dijo:

—Vamos a llenar las botellas para mis clientes.

Y en cada una de las cestas fué colocando una botella del vino que Rozzi había agriado, sin que él se diese cuenta.

Aquel mismo día, en vista de que no podía hablar con Mizzi, Toni fué a ver a su amigo y le explicó cuanto le pasaba con Mizzi. Poldi le escuchó hasta el final y al fin le dijo:

—Nunca creí una sola palabra de todos esos entredos de

tu padre. Sé que quieres a Mizzi y creo que lo mejor es que hablo con ella.

—No puedo — respondió desesperado Toni —. Mizzi no quiere escucharme... Háblase tú...

—Lo haré... Iré hoy mismo a la escuela de baile.

Pero la intervención de Poldi en aquella ocasión y a pesar de cuanto se esforzó por demostrar que su amigo era inocente, no dió resultado alguno.

Al día siguiente, el conde de Lichtenstein recibió el obsequio de Moedlinger e inmediatamente quiso probar el vino. Apenas probó el primer sorbo lo arrojó furioso al suelo, exclamando:

—¡Esto no es vino!... ¡Esto es vinagre del siglo pasado! Devuelvan este vino a Moedlinger y díganle que no pondré más los pies en su casa.

Y así fué, sucediendo igual con todos los invitados a quienes había enviado la botella de prueba.

Ya estaba todo preparado para la fiesta, cuando Moedlinger empezó a recibir las devoluciones de las botellas, acompañadas con la noticia de que ninguno volvería a ir a su casa. El pobre hombre estaba desesperado. Aquello era su ruina, y no había forma de consolarlo. El mismo Toni comprendía el descrédito que representaba para su padre aquello, y fué a casa de su amigo, a quien encontró con Rozzi y le dijo:

—Ocorre algo espantoso. Mi padre está arruinado. Algún concurrente echó vinagre al vino y los invitados no asistirán a la fiesta. He denunciado el hecho a la policía.

Rozzi, al oír que había denunciado el hecho a la policía, cambió de color y preguntó timidamente:

—¿Es muy inteligente la policía de Viena?

Su novio se acercó a ella y le preguntó, sin que Toni pudiera oírlo.

—¿Qué te pasa, Rozzi?

—Responde a mi pregunta — insistió ella —. ¿Es muy inteligente la policía de Viena?

—Mucho — le respondió —. El autor será descubierto en seguida.

—Peor para él — volvió a decirle su novio —. La policía húngara es mucho más inteligente... Pero, ¿qué te pasa?

—Pues que yo soy la culpable... Lo hice por Mizzi.

—¡Por Mizzi — preguntó Poldi.

—Sí, quise arruinar a Moedlinger para que así Toni fuera pobre y se casase con Mizzi.

Toni se acercó adonde estaban los dos enamorados y volvió a decirles:

—Si hubiera alguien capaz de arreglar esto, yo creo que mi padre se lo agradecería más que si le salvase la misma vida.

Rozzi, de pronto, y ante la extrañeza de Toni, exclamó:

—Pues yo tengo una idea... Pero necesito alguien que me ayude... Ven tú mismo, Poldi.

Y sin que Toni pudiera explicarse, ni comprender la actitud de Rozzi, la joven salió con su novio dispuesta a hacer cuanto estuviera en su mano por la felicidad de su amiga y compañera.

UNA IDEA SALVADORA

Aquella noche cuando ya Moedlinger daba por descontado el fracaso de su fiesta uno de los criados entró anunciando:

—¡El Príncipe de Windiachgratez!

Inmediatamente le hizo pasar Moedlinger, y cuando lo vió quedó sorprendido, y no pudo menos preguntarle:

—¿Usted es el príncipe...?

—No, señor — le atajó su visitante, que era precisamente Poldi—; pero si no me hubiera presentado con este nombre usted no me hubiera recibido. He venido a salvarle. Sé que está usted comprometido, sé quién puede sacarle del compromiso.

—¿Usted, acaso? — preguntó burlonamente el señor Moedlinger.

—Yo no, pero sí lo puede hacer una señorita que se llama Mizzi Weingrubler. Haga usted una prueba y se convencerá.

—Esa criatura lo que quiere es pescar a mi hijo; dígale que se desengañe... Pero, explíqueme su plan.

—No puedo... Si usted me promete acceder a él, se salvará.

Moedlinger pensó que siempre tenía tiempo de volverse atrás y le respondió:

—Está bien, acepto.

—Pues verá usted como se salva y da la fiesta más lucida de Viena.

Mientras tanto, Mizzi había ido en busca de Strauss y le expuso el plan que había ideado su amiga. Strauss la oyó atentamente y al fin le dijo sonriendo.

—Entonces, ¿pretendes que no vaya a comer a casa del príncipe Estherazy?

Mizzi hizo un gesto de chiquilla contrariada y le respondió:

—Usted me prometió ayudarme... Además, usted tiene la culpa de todo.

—¿Yo? — preguntó extrañado el músico, pensando que él no se había metido en nada—. ¿Por qué?

—Porque si usted no hubiera escrito el vals, yo no hubiese bailado con Toni y...

Strauss se echó a reír y no la dejó terminar. Le hacía gracia aquella ingenuidad de Mizzi, a quien tanto quería, y le respondió:

—Tienes temperamento de abogado, chiquilla... Y como el que tiene la culpa tiene que sacrificarse, le diré al príncipe que no puedo ir, porque tengo que asistir a esa fiesta para dirigir la orquesta.

—Gracias, muchas gracias — exclamó Mizzi—. ¿Puedo darle un beso?

—¿Uno nada más? — preguntó riendo el músico—. Eres muy económica... Pero, en fin, vete tranquila que estaré a las ocho en punto.

Tal como le prometió, Strauss mandó recado al príncipe, diciéndole que no podía ir a su casa, porque tenía que dirigir la orquesta en la fiesta de Moedlinger, y la noticia corrió rápidamente por toda la aristocracia vienesa, considerando el caso como algo extraordinario, ya que Strauss solamente dirigía los conciertos reales.

Faltaba media hora para dar comienzo a la fiesta y los invitados no llegaban. Moedlinger ya empezaba a impacientarse y le dijo a Földi:

—No vendrá nadie... Me ha engañado usted.

—Yo tengo la seguridad de que vendrán todos... Tenga un poco de paciencia.

Y mientras el pobre hombre se moría de impaciencia viendo que no llegaban sus invitados, Strauss y Brahms sostenían una de aquellas ruidosas partidas de ajedrez, en la que iba resultando vencedor Strauss.

Cerca ya de las ocho llegó el cuerpo de baile, en el cual se encontraban Mizzi y Rozzi. Los músicos también habían llegado, y sin embargo, ni Strauss, ni los invitados aparecían por ninguna parte.

Dieron las ocho menos cinco minutos, y fué entonces cuando toda la nobleza de Viena empezó a llegar a la casa de Moedlinger. Todos se excusaban por haberle enviado a decir que no pisarían su casa y lo disculpaban, dándole toda clase de satisfacciones.

Moedlinger se admiraba de que Mizzi hubiera podido tener influencia bastante para atraer a su casa a todos aquellos invitados, y no pudo menos que decirle a su hijo:

—Esa Mizzi parece tener buenos amigos en todo caso...

—Puedes estarle agradecido — le dijo Toni —. ¿Sabes lo que espera la gente?

—No lo sé — replicó Moedlinger —. Hacen unas observaciones incomprensibles.

En aquel momento llegó el conde Lichtenstein y, acercándose a Moedlinger le dijo sonriendo:

—Esta mañana nuestras relaciones se han agriado, pero el vinagre es néctar cuando toca Strauss.

Moedlinger comprendió a qué debía el que acudieran todos sus invitados; pero, viendo que Strauss no llegaba, le dijo a su mujer:

—¡El escándalo va a ser mayúsculo!

—¡Quién sabe! — le contestó su esposa, procurando tranquilizarlo, aun cuando ella no lo estaba mucho.

—Es que ya son las ocho — volvió a decirle Moedlinger —. A lo mejor no viene y yo me muero de vergüenza.

Pero Strauss no olvidaba la promesa que había hecho a su amiguita, y, en vista de que la partida no se terminaba, le propuso a su contrincante dejar el juego.

—La seguiremos en el coche.

Y, en efecto, tomaron un coche y siguieron jugando hasta llegar a la puerta de la casa de Moedlinger, donde dió fin la partida, saliendo vencedor Strauss.

Entró en la casa y lo primero que hizo fué preguntar por Toni.

Este corrió a saludarlo y, al verlo, le dijo:

—Muchas gracias, señor Strauss.

—No — respondió él—. Las gracias tiene que dárselas a Mizzi.

Empezó, acto seguido, el concierto, y a los acordes del vals de "Rosas del sur", las danzarinas bailaron, mereciendo calurosas ovaciones.

Todos felicitaban a Moedlinger por el éxito de la fiesta, y éste, cuando terminó el vals, corrió a saludar a Strauss diciéndole:

—¿Cómo poderle agradecer su bondad, señor Strauss?

—A mí no tiene usted que agradecerme nada, únicamente a su hijo, y a Mizzi, los dos aguardan a que diga usted una palabra.

Moedlinger ya no pudo resistir más y cogiendo a Mizzi de la mano se la ofreció a su hijo, a la vez que les decía:

—¡Que seáis muy felices!

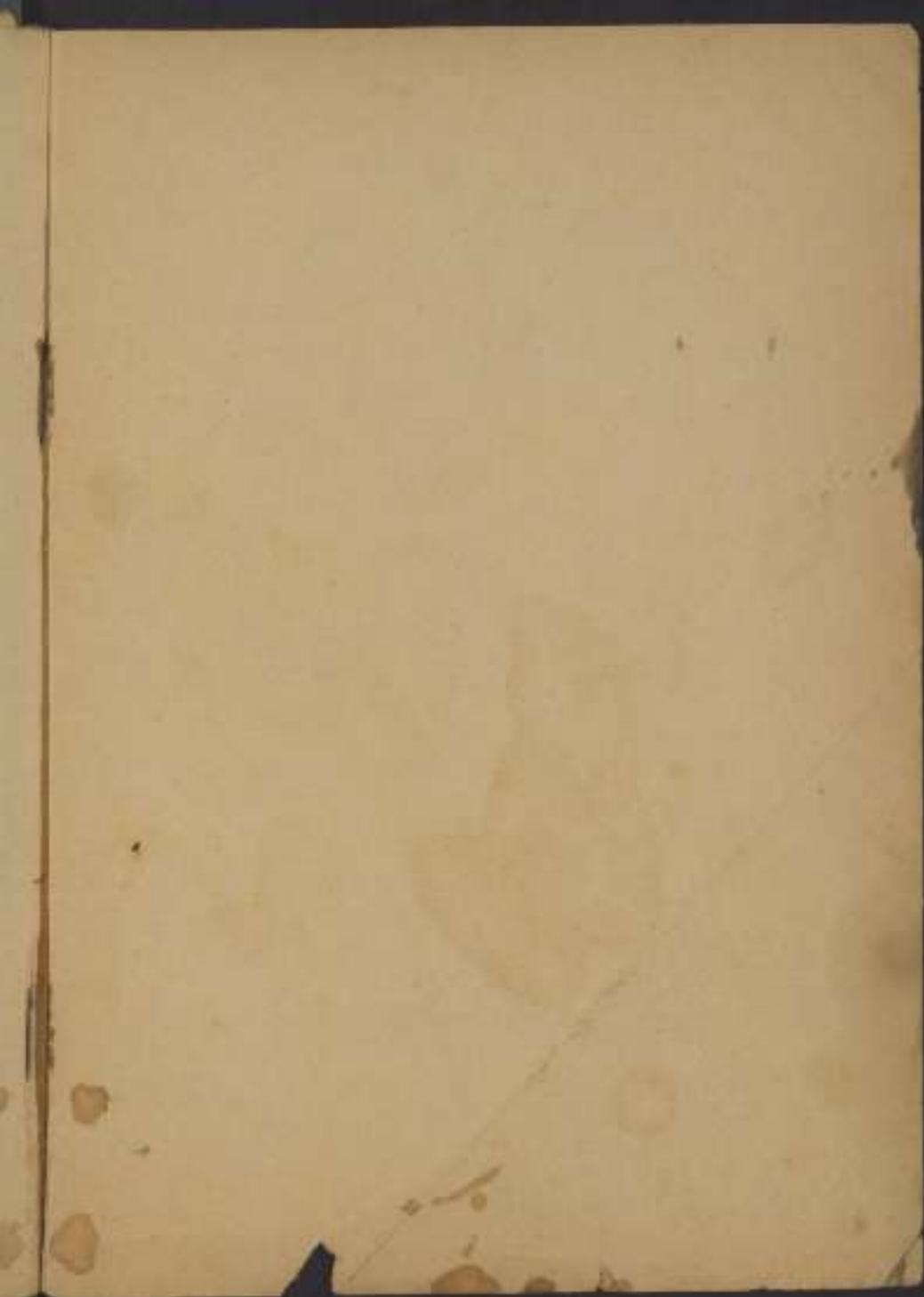
Mizzi se abrazó a Strauss. En aquel momento la orquesta, empezó a tocar y la muchacha le dijo:

—¿Quiere usted que bailemos?

—¿Bailar? — preguntó Strauss—. Voy a revelarte un secreto... He compuesto muchos valsos... pero nunca... he sabido hallarlos... Ahí está tu pareja.

Corrió Mizzi en busca de Toni, y mientras los dos bailaban amorosamente, Strauss sonreía satisfecho, al ver que su música había unido a dos corazones para toda una vida.

FIN



Ediciones Biblioteca Films

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

¿DÓNDE IRÁN DIFERENCIADO	Celia Montalván
EL EMBRONADO DE SEVILLA	Maria L. de Guzmán
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASO SOMBRIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
UN NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DÍA	Elena d'Alí
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Penada
EL PRÍNCIPE CONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina-C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nacy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	Yvonne López Heredia
VIDAS ROTAS	M. Fresno-L. Tovar
LA DOCE ROSA	R. Díaz-A. Gaskay
TRES AMORES	M. Martín J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo-A. Palacios
DALE DÉ BETUN	J. de Landa-A. Calome
EL DESAPARECIDO	Ramón-J. Trini Moran
EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel
LA ÚLTIMA CANCIÓN	Antonio Ortiz

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Se tienen adineros sueltos y colecciones completas, precio envió del im-
pedido en sellos de correo. Solicitar más detalles para el certificado.
Fresno gratis.